

este bandido, la paz se habría consolidado en México y con ella la práctica de las instituciones republicanas y democráticas. Hombres civiles e idóneos se habrían sucedido en el poder, el país no estaría hoy bajo el peso abrumador de las deudas de tantos años de guerra ni bajo la sombra opresiva de los resultantes problemas internacionales.

La traición de Tinoco produjo un hecho nuevo en la historia de Costa Rica, el despotismo y la guerra civil, y alteró por completo las relaciones internacionales de la República con el mundo entero. La nación fué sometida a dolorosas humillaciones en el extranjero y prácticamente no tuvo existencia internacional durante los dos años de dictadura de los dos delirantes malhechores que por un golpe de cuartel se apoderaron del Gobierno el 27 de enero de 1917.

De la traición del nuevo Huerta y del nuevo Tinoco no puede salir sino la dictadura y la guerra civil. El reloj ha marchado pues hacia atrás en Guatemala. La mano del crimen ha interrumpido allí como en México el proceso de la modernización del país en la evolución de la organización constitucional y ha restaurado el pasado con su expresión de fuerza, de opresión y de terror. Guatemala está hoy en los tiempos de México bajo Huerta y de Costa Rica bajo Tinoco. Esta es la virtud de la traición en todas partes, trabajar para el pasado, la catástrofe, la barbarie y la muerte.

Huerta era el Jefe del Ejército Constitucional de México, y con las fuerzas confiadas a su honor y su lealtad, depuso al Presidente y lo asesinó. Tinoco era el Ministro de Guerra del Gobierno Constitucional de Costa Rica, y por los métodos de Huerta depuso al Presidente y no lo asesinó o porque no vió en él una amenaza o porque temió que Washington lo tratara como a Huerta. Washington lo trató como a Huerta sin embargo. El «General» Orellana era el Jefe del Ejército Constitucional de Guatemala, y con el alma de Huerta y de Tinoco depuso al Presidente y lo encarceló. Estos tres grandes enemigos públicos, estos tres depravados y desesperados criminales, han tenido por igual como móvil de su crimen, la ambición personal. Lo han jugado todo, como ladrones nocturnos, en un golpe de audacia, se han instalado en el poder a explotar su conquista con la seguridad y la confianza del ladrón que se entrega al disfrute de los caudales robados.

Los antecesores del nuevo Huerta y del nuevo Tinoco, los modelos cuyo ejemplo ha reproducido el «General» Orellana en Guatemala, no han logrado perdurar sin embargo, ni vivir

en paz en el poder. Huerta vivió en zozobra y combatido y perseguido hasta el momento de su cobarde fuga, porque estos piratas cuartelarios de América son tan malvados como cobardes, y la perversidad y la cobardía son sus más descollantes características. Tinoco no conoció un día de paz en la posición de mando que debió a la traición, vivió en la incertidumbre, en la inestabilidad, en la ansiedad y la tortura de la conspiración y la hostilidad de todas las cosas coaligadas contra él dentro y fuera de su país, y huyó como Huerta, en un acto de cobardía, con el horror del poder por cuya conquista había cometido el más infamante crimen y dominado sólo por el anhelo animal de conservar la vida. La execración de su patria y del mundo hoy, de la historia mañana, cubre su nombre, como cubrirá su memoria, como cubre y cubrirá eternamente la memoria de Huerta. El «General» Orellana no escapará a este destino. Su suerte será la misma, será tal vez más trágica, que la de sus maestros de México y Costa Rica. La traición es un delito que lleva consigo su propio castigo y marca con baldón indeleble a sus actores. Es absolutamente infecunda, no funda nada y sus resultados son tan malignos que devoran a su propio padre. El último gran traidor de estos tiempos, el desgraciado «General» Orellana, llega, además, en una hora demasiado impropicia. Huerta y Tinoco todavía estuvieron, puede decirse, dentro de su tiempo. El nuevo Judas no. La hora está en contra suya. Es anacrónico; y su éxito está fatalmente condenado a ser más efímero que el de los bandoleros cuyas hazañas ha querido imitar. Huerta no sobrevivió mucho tiempo a su aventura. La tierra se lo tragó pronto después de que los hombres y las cosas hicieron imposible su permanencia en el poder, y su muerte escribió una severa lección en la carrera de los ambiciosos criminales. Tinoco vive, pero vivir es la expiación de su crimen. Vive para asistir a su deshonor, a su repudiación, a su ostracismo, a la ruina de todas sus quimeras de parásito sin moral y sin conciencia. Vive para el tormento del recuerdo de su hermano y compañero en la traición y el despotismo, muerto como un perro rabido en las calles de San José de Costa Rica, dejando con su muerte otra dura lección escrita en la historia de los aventureros galoneados que perpetúan en la América la ignominia y el azote de las traiciones militares. Tinoco huyó también, como hemos dicho. Huyó del poder, por el que había cometido el crimen de traición. Huyó de su pueblo, del teatro de sus crímenes, de la visión del castigo. El acto final del drama de su traición fué

un acto de cobardía, como el del drama de la traición del soldado báquico de México. La traición no es sino el crimen más vil de la ruindad humana. Es por sobre todas las cosas cobarde. El traidor no es sino el más cobarde y más villano de los seres humanos. Es por esto por lo que el traidor surge como un cobarde y cae como un cobarde. En la sombra prepara y ejecuta su golpe, seguro de la impunidad inmediata; y a la fuga confía su salvación, incapaz de hacer frente como hombre a las responsabilidades de su maldad en la hora de la crisis y del peligro, cuando todas las fuerzas humanas del bien y la justicia se levantan cual una tempestad para aplastarlo.

Madero era un hombre de bien, un hombre de honor y de corazón, un hombre de excelsas virtudes, el hombre más ilustre por sus condiciones personales que podía haber ascendido al poder en México; y lo derrocó y lo inmoló un sargentón vulgar y grotesco, un villano alcohólico, sin más títulos para el mando que su crimen, su audacia y el terror que inspiraba. Alfredo González era un hombre de bien, un hombre decente, un hombre inteligente, un hombre honrado, cándido y confiado en los hombres como un niño; y lo despojó un fullero, que había velado tras la oportunidad toda su vida y que no había vivido ni aspiraba a vivir sino para el ocio y el regalo. Herrera era un hombre de bien, un hombre de posición en la vida, un hombre de trabajo y de fortuna, un hombre digno de estimación y de respeto; y lo asalta y lo arroja del Capitolio un antiguo pretoriano del despotismo como Huerta, una escoria del cuartel, un abyecto profesional de la espada, que ha degradado la espada toda su vida en la lealtad al despotismo, y peinando ya cabellos grises la degrada en la traición al derecho, al orden legal y la libertad constitucional, representados por el Gobierno popular del Presidente Herrera. En el cuartel están, pues, los enemigos de la civilización en América.

El héroe de la traición del 5 de diciembre es una hechura y criatura del cruel y depravado despotismo de Estrada Cabrera. Como este despiadado verdugo mantuvo por cerca de un cuarto de siglo el cetro de Nerón en sus manos, y la edad del nuevo pretendiente a la plaza de verdugo vacante en Guatemala desde que Estrada Cabrera cambió de domicilio y pasó del Capitolio a la Penitenciaría, es según parece de medio siglo y un lustro, es claro que nació a la vida de cuartel bajo el despotismo de Estrada Cabrera y que no tiene hoy memorias de su vida de soldado que no estén relacionadas con el pasado que llenan los espantosos crímenes de la tiranía